

ANÁLISIS DE LEYENDAS. LOS MARCADORES LEGENDARIOS.

Elisa YAGÜE GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

En 1946 Stith Thompson¹ ofrece una nueva categoría dentro de los estudios de la tradición: el *Folktale*, que podríamos traducir por *narración tradicional*. Esta noción hace referencia a distintos géneros tradicionales, y así se maneja en los trabajos recogidos en *La casa encantada. Estudios sobre cuentos, mitos y leyendas de España y Portugal*² llevado a cabo por el Seminario Interuniversitario de Estudios sobre la Tradición, del que forman parte las universidades de Extremadura y de Évora. En ellos aluden a narraciones que toman la forma de cuentos, mitos y leyendas, pero que pueden compartir los mismos materiales folklóricos. De esta mixtura es de donde nacen las dificultades al intentar trazar las fronteras entre géneros: no se pueden utilizar criterios de contenido, por lo que se hacen necesarios criterios formales. La búsqueda de estos criterios ha originado importantes aportaciones a la Teoría de la Literatura, como la pionera de Vladimir Propp con su *Morfología del Cuento* de 1928, donde se analizan los cuentos maravillosos rusos y se llega a formular una serie de reglas y funciones que tendrán una enorme repercusión en autores que estudiarán el relato mítico como Lévi-Strauss en el campo de la antropología o Greimas en el ámbito de la literatura. Por otra parte, la influencia del estudioso ruso repercutirá también en los compañeros de escuela de Greimas: los narratólogos franceses que desarrollan sus trabajos estructurales a partir de la década de los sesenta. Con esto vemos que las metodologías que en un principio estaban circunscritas a textos tradicionales saltan al campo de los más altos estudios literarios donde abren nuevas vías de conocimientos ante la obra de creación: los análisis de textos narrativos o la creación de la rama de Mitocrítica dentro de la Literatura Comparada. Y todo esto tan sólo se desprende de estudios sobre el cuento y el mito, por lo que parece ser un aliciente considerable para emprender la indagación en el mundo de la leyenda, de la cual podríamos beneficiarnos ampliamente.

¹ THOMPSON, S: *El cuento folklórico*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1972.

² MARTOS NUÑEZ, E y SOUSA TRINDADE, V. M de (coords): *La casa encantada. Estudios sobre cuentos, mitos y leyendas de España y Portugal*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1997.

Al proyectar una investigación de tales características se debe tener claro el planteamiento: antes de enunciar una teoría hay que trabajar concienzudamente los textos que a priori, suponemos, son leyendas; de la confrontación surgirán una serie de características que permitirán reconocer y definir este género. Parece sencillo pero pronto aparece el primer contratiempo: se necesita un método. Si no queremos partir de ninguna hipótesis, ¿qué hacemos? La respuesta es fácil: aplicar las herramientas con las que cuenta la Teoría de la Literatura en los análisis de textos narrativos; en estos hay una serie de aspectos básicos y fundamentales con los que es posible enfrentarse a cualquier discurso, y son las nociones de *narrador, punto de vista, espacio, tiempo y personajes*. Para comprobar la funcionalidad de este método vamos a aplicarlo a un texto, y, como estamos en Sevilla, manejaremos una leyenda de esta ciudad que da nombre a una de sus calles. Debemos buscar todas las versiones posibles, tanto orales como escritas y dentro de estas últimas trabajar tanto con las que han sido recogidas en antologías y repertorios- que por desgracia no siempre están libres de retoques, manipulaciones y visiones propias del recopilador- como con las que han sido recreadas por un autor con la intención de componer un texto literario. En el caso de *La calle del Candilejo*, sin contar con los discursos orales que podría recoger en la ciudad, he encontrado fácilmente dos transcripciones tradicionales: una recogida por el gran recopilador Vicente García de Diego en su extensa obra *Antología de leyendas de la Literatura Universal*³, y la ofrecida por José María de Mena en *Tradiciones y leyendas sevillanas*⁴. Las de carácter literario pertenecen al siglo XIX, así Telesforo de Trueba y Cossío publica *El asistente de Sevilla* en el tomo III de su *The Romance of History of Spain* que vio la luz en 1830 en Inglaterra y muy pronto fue traducida tanto al español como al francés⁵. También se ocupará de esta leyenda el Duque de Rivas y en sus *Romances*⁶ de 1840 aparecerán tres composiciones: *El candil, El juez y La cabeza* que conforman *Una antigualla de Sevilla*. Sin duda podemos encontrar un mayor número de testimonios, esto es sólo un ejemplo. Lo conveniente sería hacer un estudio de cada uno de los textos por separado- pero es una cuestión demasiado larga para el tiempo del que disponemos-. El

³ GARCÍA DE DIEGO, V: *Antología de leyendas de la literatura universal. Vol. I y II*. Barcelona, Labor, 1953.

⁴ MENA, J.M de: *Tradiciones y leyendas sevillanas*. Barcelona, Plaza & Janes, 1985.

⁵ La edición que he utilizado de esta leyenda es TRUEBA Y COSSÍO, T: *España Romántica Madrid, Saeta*, 1942

⁶ SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS, A: *Romances*. Madrid, Clásicos Castellanos, 19

examen individual revelaría las diferencias existentes entre las versiones más tradicionales, que son por naturaleza más escuetas, y las versiones literaturizadas en diferentes grados, desde la del recopilador que “adorna” un poco el testimonio recogido, a la del autor que crea una compleja ficción en torno a la primitiva leyenda. En este caso optaremos por destilar de estos textos la esencia, que es lo que encontraremos en cualquier relato sea cual sea su modo de transmisión, y esta esencia se contaría así:

“Durante el reinado de Pedro I de Castilla, en uno de los callejones de la ciudad tiene lugar un duelo en el cual muere un hombre. El testigo es una vieja que atraída por el alborozo, se asoma a la ventana armada con un candil. No ve quién es el asesino pero lo reconoce por el particular sonido de sus rodillas al andar, momento en el que cae el candil, única pista que se tiene para resolver el caso. El rey ofrece recompensar al que pueda aclarar el suceso, incluso promete poner la cabeza del culpable cerca del lugar de los hechos. Se descubre que el candil pertenecía a la vieja quien declara como asesino al propio rey, éste premiará a la mujer y colocará un busto suyo en la esquina de la calle que pasará a llamarse del Candilejo”

Cada cual contará esta leyenda de un modo distinto, con su propio estilo, pero éste será el contenido que no cambiará; hablaremos entonces de la *invariante*. Así, con este texto se explicará el nombre de una calle a la par que la existencia de una estatua cercana. Más adelante volveremos sobre esta *función etiológica*. Ya hemos encontrado la expresión mínima, porque las leyendas como narración tradicional breve son extremadamente cerradas en su contenido pero muy abiertas en la forma de manifestarse. De ese contenido podemos destacar una serie de rasgos formales que configuran el género y a encontrarlos nos ayudará el análisis del texto.

El inicio es un tanto desalentador, las nociones de *narrador y punto de vista* no son pertinentes; nos situamos ante un relato de exagerada sencillez, donde lo que importa es informar de un hecho, transmitir un mensaje que puede interesar. Mayor fortuna nos reportarán las nociones de *espacio, tiempo y personaje*. El relato de la Calle del Candilejo se sitúa en Sevilla y, más concretamente, una determinada vía de la ciudad. El tiempo no muestra ningún tipo de desarrollo, se presentará tan sólo como tiempo de referencia histórica trasladándonos al reinado de Pedro I, es decir en algún momento entre 1349 a 1369. En cuanto a los personajes podemos contar en esencia con una “vieja”, que aparece como personaje-tipo dentro del folklore “la vieja curiosa”, y con en mismísimo rey don Pedro pero ninguno de los dos tienen un gran desarrollo, pues que no hay posibilidad

para ello en un relato tan escueto. Son caracteres más que planos: ella representa la curiosidad y él la justicia. Podemos concluir que el análisis con conceptos de metodología textual nos revela la gran sencillez de la leyenda. Pero aún hay algo más que es lo que realmente nos interesa y que responde a por qué estamos ante una leyenda y no ante otro género.

Espacio, tiempo y personajes, hacen referencia a parcelas de la realidad, Sevilla y la Calle del Candilejo existen, es posible visitarlas; el siglo XIV forma parte de nuestro pasado, y Pedro I fue durante unos años una persona que respiraba estos aires. La realidad ha penetrado en el relato, o el relato proviene de la realidad para explicarla. Es el momento de mencionar a Honorio M. Velasco y su artículo *Leyendas y vinculaciones* leído durante el coloquio dedicado a la leyenda que se celebró en la Casa de Velásquez en 1986⁷. Velasco nos habla de la vinculación que se establece entre un espacio y la comunidad que lo habita a partir del relato generado para explicar algo de ese lugar. Si extendemos esta noción de vinculación a otros aspectos de la realidad que aparecen en el discurso legendario como son el tiempo y los personajes- siempre que sean históricos-, encontramos dos bisagras más entre el mundo real y el mundo ficcional del relato. Y es que en el género de las leyendas, lo que en los estudios literarios se conoce como “*pacto de ficción*” es fundamental: “vamos a hacer como si..., tú haces que te crees lo que te voy a contar y a cambio recibirás una linda historia”. Esta convención está basada en los elementos que comparte el relato y la realidad, en la alta dosis de referencialidad que tiene el texto gracias al espacio, el tiempo y los personajes. Ahora se nos ilumina la cara, hemos encontrado algo característico de las leyendas, estos *anclajes de referencialidad* son propios del género, no aparecen en otras formas tradicionales como el cuento o el mito, que son siempre los casos más cercanos a nuestro objeto de investigación. Esto último puede crear ciertas reticencias, especialmente en relación con el relato mitológico, donde aparecen lugares geográficos, pero esto tiene que ver con el origen legendario de los mitos y con su distinta funcionalidad, que ahora no podemos discutir.

Ya tenemos algo propio de las leyendas, algo que las distingue y que las singulariza. Ahora podemos hablar de *marcadores legendarios*, dentro de los cuales el más operante es el de *espacio*, ya que rara es la leyenda que no se relaciona con un lugar

concreto, un accidente geográfico en el mundo rural o algún elemento de la ciudad en el urbano. El *marcador de personaje* no aparece con tanta frecuencia, y en muchas ocasiones lo que hallamos es la atribución de unos hechos a una personalidad histórica, éste es el caso del ciclo legendario que se ha formado en Sevilla en torno a la figura de Pedro I, donde podemos encontrar supuesta leyendas que en realidad son cuentos folklóricos lengendarizados gracias a la aparición del rey histórico, por tanto tenemos ante nosotros el fenómeno que tanto estudió Julio Caro Baroja: *el arquetipo*⁸. De esta manera, Pedro I, por determinadas circunstancias entra dentro del arquetipo del rey justo y sabio, por lo que se le atribuyen relatos donde se ponen de manifiesto esas virtudes que anteriormente “pertenecieron” a otros ilustres reyes ya fueran reales o ficticios. El *marcador de tiempo* es sin duda el menos frecuente, y su referencia a la realidad es muy vaga. Nos sitúa en una época muy general, un reinado, un periodo concreto- la Reconquista, el siglo x-. Sin embargo, algunas veces llega a ser el protagonista cuando se trata de una fecha determinada, explicando entonces el porqué de una costumbre o de un rito que se repite todos los años. Piénsese en el dos de Febrero y Santa Águeda que se relaciona con la Reconquista del Alcázar de Segovia.

Estos marcadores nos ayudan a descubrir y reconocer las leyendas, esos breves relatos que se intercalan en una conversación, pero no en una conversación cualquiera, sino una en la que se está produciendo una mediación cultural: una persona informa a otra de algo referente a otra tradición, ilustra mediante un relato algo desconocido. Ahí está la *función etiológica* del relato legendario. Si volvemos a nuestro ejemplo de la Calle del Candilejo, ya tenemos una explicación al nombre de la calle y a la existencia de la estatua. Eso sí, estaríamos en el estadio más primitivo, más elemental de la difusión de éste género. Por desgracia no todo es tan sencillo como puede parecer, las fronteras no siempre son claras, y aún no hemos hablado de la leyenda literaria y de las relaciones que mantiene con la tradicional. De momento, a la vista de los análisis y hasta que se haga más indagaciones en este campo, pensaremos que la leyenda literaria consiste en un mayor desarrollo de la leyenda tradicional, en una recreación donde aparecen nuevos motivos y temas que se combinan, y además donde hay una preocupación por la

⁷ ETIEVRE, JP (ed): *La leyenda: antropología, historia y literaruta. Actas del Coloquio celebrado en la casa de Velásquez*. Madrid, Universidad Complutense-Casa de Velásquez, 1989.

⁸ CARO BAROJA, J: *De arquetipos y leyendas*. Barcelona, Istmo, 1991

disposición de la trama y por el lenguaje, es decir, hay una intención estética. La leyenda literaria no es necesariamente escrita, podemos encontrarla también en la voz de un afortunado narrador oral.

Parece que hasta aquí hemos trabajado con algunas de las principales aportaciones de la Teoría de la Literatura a los estudios de los géneros tradicionales. Nos han ayudado a encontrar unos criterios a la hora de enfrentarnos a las narraciones supuestamente legendarias, y ya podemos comenzar a desarrollar una teoría genérica. Gracias a estas ideas podemos dilucidar otros marcadores como el *de autoridad*, el cual hace referencia a esos sintagmas que aparecen al inicio de los discursos tales como “dicen que” “cuentan que”... Se trata de una fórmula propia que a la vez relaciona el relato con su género y lo incardina dentro de una tradición, convirtiéndolo en otro puente más con la realidad, “si es *vox populi* será porque es cierto”. Estamos ante la autoridad de la comunidad, de lo popular, del mismo modo que en la difusión culta encontrábamos la autoridad de los autores clásicos o de los padres de la Iglesia esgrimida como *prueba de verdad*. Este marcador puede aparecer o no, y puede hacerlo en diferentes grados, con lo que podríamos encontrarlo en su máximo apogeo cuando se apela a un personaje como autoridad “Esto me lo contó Fulanito”. Resulta curioso y significativo cómo se intensifica esta referencia cuando las otras se debilitan por motivos de inverosimilitud, o de vaguedad, y mucho más cuando nos encontramos ante un relato que quiere inscribirse en el género, adoptar su forma sin tener una base tradicional avalada por largos años de pervivencia. Estos relatos, con el tiempo pueden pasar al acervo popular, y formar parte del folklore, o por el contrario olvidarse y no tener éxito ni difusión. En este punto no puedo evitar la mención de Gustavo Adolfo Bécquer, que utilizó este género para escribir relatos fantásticos- muy relacionados con Poe, por otra parte- y que en algunos caso fueron tomados por auténticas leyendas, sirva de ejemplo el caso de *El monte de las ánimas*, en este sentido. Bécquer hizo un nuevo planteamiento de lo que venimos llamando marcador de autoridad incluyéndose él mismo como *prueba de verdad* en el texto, “yo estuve donde sucedió” podríamos parafrasearlo. En cualquier caso estaríamos ante el fenómeno de creación de las leyendas, que, en contra de lo que se suele pensar, es continuo, ya que estamos hablando de un género vivo, que siempre ha existido y que sigue explicando fragmentos de la realidad; así, en estos mismos momentos se están generando nuevos discursos que serán o no leyendas con el tiempo, pero

que presentan las características propias de éstas. Por otra parte, el estudio de los mecanismos de creación de las leyendas puede ser de gran ayuda a la hora de entender mejor la semiosis literaria, y los problemas que en la literatura se derivan de las relaciones entre ficción y realidad, con lo que de nuevo los estudios sobre géneros tradicionales pueden ser de gran ayuda en el campo de la Teoría de la Literatura.

Ahora sólo resta seguir sondeando este *maremagnum* de las narraciones tradicionales, seguir trabajando con los textos, y, tal vez con el tiempo, podremos saber claramente qué es, y cómo definir eso que llamamos leyenda.